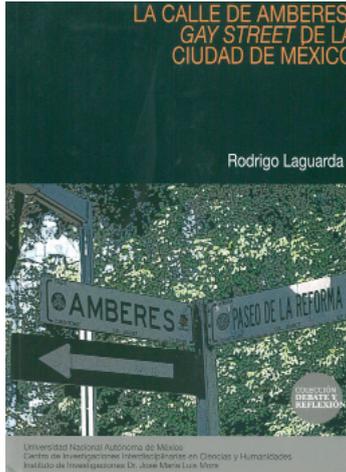


Recensión



LAGUARDA Ruiz, Rodrigo. *La calle de Amberes: gay street de la ciudad de México*. Universidad Nacional Autónoma de México-UNAM, Centro de Investigaciones Interdisciplinarias en Ciencias y Humanidades, Instituto Mora, Colección Debate y Reflexión. 2011. 103 p.

ROGELIO JIMÉNEZ MARCE

Instituto de Ciencias Sociales y Humanidades “Alfonso Vélaz Pliego” (ICSyH),
Benemérita Universidad Autónoma de Puebla (BUAP), Puebla, México

Podría parecer extraño que una vía pública haya sido elegida como objetivo central de una investigación académica de alto nivel, pero esta sensación desaparece cuando se tiene la oportunidad de leer *La calle de Amberes: gay street de la ciudad de México*, de Rodrigo Laguarda, obra que fue fruto de su estancia posdoctoral en el Centro de Investigaciones Interdisciplinarias en Ciencias y Humanidades (CIICH) de la Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM), y en la que el autor realiza un notable ejercicio interdisciplinario para acceder a los distintos significados

que existen sobre ella. Con la intención de ofrecer un amplio panorama de los significados que se imbrican en este lugar, el autor apela a la combinación e interlocución de enfoques (histórico, antropológico y lingüístico), los cuales, a su vez, sirven como base de análisis de cada uno de los capítulos. La elección de los enfoques no resulta arbitraria, sino que más bien muestra los campos en los que Rodrigo Laguarda se ha especializado a lo largo de su corta pero fructífera carrera. Historiador de origen, después realizó estudios de posgrado en antropología en los que tuvo la oportunidad de conocer las herramientas de análisis de las ciencias del lenguaje. Con este bagaje académico, Laguarda ha emprendido la tarea de analizar la primera *gay street* de la ciudad de México, debido a que ninguna otra avenida calle de la ciudad cuenta con una densidad comparable de sitios dirigidos al público homosexual. Su aparición es consecuencia, según el autor, del hecho de que los estigmatizados, tal como lo son los *gais*, tienden a reunirse con quienes pertenecen a su mismo grupo en busca de apoyo, comprensión y solidaridad. Lo interesante del asunto es que *la gay street* constituye un fenómeno reciente, pues hace unos años todavía se pensaba que era impensable que existiera un espacio de ese tipo en la capital del país.

En el primer capítulo se hace un recuento de la historia de la calle de Amberes, la cual se ubica en la colonia Juárez que surgió en el porfiriato como un barrio aristocrático basado en un modelo de urbanización de lujo. En la década de 1930, las familias adineradas se mudaron de la colonia con lo que se produciría una transformación, pues de ser una zona habitacional se convirtió en un corredor comercial lo cual contribuiría a la destrucción de un buen número de casas, aunque todavía se conservan algunas que han sido declaradas patrimonio de la ciudad. Desde la década de 1960, la Zona Rosa se ha convertido en un área idónea para ir de compras, tomar un café, visitar galerías de arte o comprar discos y artesanías. La Zona era visitada por turistas y clases privilegiadas, pues se pretendía que fuera el reflejo de las áreas sofisticadas de las grandes ciudades norteamericanas o europeas. Aunque en la década de 1970 alcanzaría su mayor esplendor, el sismo de 1985 y la crisis económica generarían un notable deterioro de la Zona Rosa. Sería en el 2004 cuando un grupo de comerciantes propuso un plan para rehabilitar la Zona y tratar de recuperar su prestigio. En el caso de la calle de Amberes, los *gais* fueron los primeros en apropiarse de ese espacio, situación que generó quejas por parte de algunos vecinos pero que no tendrían mayores repercusiones. Si bien es cierto, como lo explica

el autor, que desde la década de 1990 se había observado la proliferación de bares *gay*, no existía, como si lo había en diversas ciudades europeas y norteamericanas, un lugar en el que se agruparan establecimientos dirigidos al público *gay* y que con ello, se pudiera hablar de un barrio, área o zona *gay*.

Con el plan de rehabilitación no sólo se favoreció el establecimiento de espacios de sociabilidad *gay*, sino la aparición de la *gay street* en Amberes, fenómeno que sería divulgado en periódicos y revistas de difusión. De hecho, una de las publicaciones se mostraba orgullosa de la calle, pues, según decía, evidenciaba el “progreso” experimentado por la sociedad capitalina. La creación de la calle era consecuencia de tres factores: el clima de relativa apertura hacia los homosexuales que se visibilizó, por ejemplo, en la Ley de Sociedad de Convivencia que reconocía los derechos de las parejas del mismo sexo y los modelos de familia no tradicionales. Un segundo factor fue la experiencia de los barrios *gay* de Europa y Estados Unidos, sobre todo el modelo norteamericano se convirtió en un referente para los mexicanos. Un tercer factor fue la presencia de “Santiago”, personaje que se considera el impulsor de la formación de la calle, gracias a su experiencia en Canadá. Este hombre mencionaba que buscaba generar un espacio que se constituyera en una red de apoyo y diera sentido a las necesidades individuales. Así, la misión de Amberes era ser un lugar en el que se compartieran experiencias, aspiraciones e intereses, a la vez que se intenta construir una sociedad más equitativa.

En el segundo capítulo se propone la lectura antropológica de la Zona Rosa, misma que, a decir de Rodrigo, le ha permitido a los *gais* gozar de libertades que no existen en otras áreas de la ciudad, aunque ella no se encuentra exenta de los problemas que aquejan a la ciudad de México, tal como la desigualdad económica. Así, la Zona Rosa ha adquirido un doble matiz: un espacio de libertades para ciertos sectores sociales y un lugar de supervivencia para los marginados. Uno de los aspectos más interesantes del capítulo es la mirada antropológica que el autor ofrece sobre la citada calle, mirada que se construye en torno a tres aspectos: el físico (los establecimientos que sirven como puntos de referencia), el humano (una etnografía de sus usuarios) y el simbólico (los imaginarios respecto a las relaciones entre los *gay*). Respecto al primer punto, Rodrigo muestra que la calle de Amberes se ha logrado constituir como un espacio de identificación en donde los sujetos se reconocen como *gais*. Los “locales del ocio” (café, bares y discotecas) juegan un papel relevante en la constitución de relaciones sociales y

sexuales. El autor menciona que el predominio del inglés para nombrar los principales establecimientos de la calle *gay* (Be gay Be proud, 42nd Street, Black out) así como las alusiones a Nueva York y a las grandes ciudades europeas, demuestra la expansión de la identidad *gay* a escala planetaria. Lo anterior muestra la vinculación existente entre lo local y lo global, situación explicable por el hecho de que la globalización ha fortalecido las redes globales. En este sentido, Rodrigo Laguarda habla de una identidad *gay* a escala planetaria, es decir, un sentimiento de pertenencia en el que no importan las fronteras nacionales y continentales.

Otro aspecto destacable de la *gay street* es que se ha convertido en el punto de reunión de todos aquellos que participan en la “marcha del orgullo GLBT””, aunque, en lo general, se le conoce como la “marcha *gay*” debido a que los homosexuales se han apropiado de ella e invisibilizan al resto de los participantes. Los bares *gay* juegan un papel importante, pues estos aportan los carros alegóricos y son los lugares de reunión cuando concluye la marcha. A pesar de la centralidad que ha adquirido la calle, el autor no cae en la trampa de pensarla como uno de los “barrios *gay* norteamericano”, alusión hecha por uno de sus informantes, sino que más bien constituye un primer esfuerzo de formarlo. Respecto al segundo punto, el autor menciona que los bares y los antros son lugares privilegiados para encontrar una posible pareja sexual. Una parte importante del éxito de los antros es la venta de alcohol. Los antros no sólo otorgan un lugar privilegiado a la barra, la cual es atendida por *bar tenders* (edecanes) que cuentan con ciertas características físicas. Ellos se convierten en el centro de atención por su atractivo físico y su presencia más bien se torna ornamental, pues el trabajo de servir las bebidas se delega en los meseros, de quienes, por cierto, los asistentes tienen una impresión poco halagüeña. A través del análisis etnográfico de tres antros (el *Black Out*, el *Lipstick* y el *Papi Fun Bar*), Rodrigo Laguarda da cuenta de que la mayoría de sus asistentes son personas que gozan de una buena posición económica y ante la posibilidad de ligar, se “visten para matar”, situación que permite constatar que se invierte mucho tiempo y dinero para cultivar la apariencia física, aspecto que se convierte en un elemento central del imaginario de las relaciones *gay* y que, como se mencionó arriba, forma parte del aspecto simbólico de esta calle.

La belleza física constituye un elemento central del imaginario *gay*, lo cual se puede constatar en las opiniones que se generan respecto a los

bar tenders que establecen un ideal de belleza que la mayoría no alcanza, hecho que genera sentimientos de inferioridad. La fealdad o el no estar bien vestido produce situaciones de discriminación y de racismo entre los mismos *gais*. Uno de los testimonios presentados en el libro es enfático en este punto, pues indica que los *gais* no son iguales sino que existen diferentes “subconjuntos”, mismos que se pueden tocar pero no mezclar. Sin embargo, habría que preguntarse si la idealización de la belleza física y los fenómenos de exclusión que conlleva, sólo es un rasgo que se puede atribuir a los *gais* o más bien forma parte de un fenómeno más profundo inherente a la sociedad en general. La edad es otro factor de diferenciación al interior de los grupos *gais*. Los hombres de mayor edad se convierten en objeto de burla, motivo por el que muchos buscan alargar la juventud y utilizan diversos recursos para parecer de menor edad. Las relaciones que los *gais* establecen con otros grupos sociales resultan, en la mayor parte de las ocasiones, ambiguas si no es que contradictorias. Por ejemplo, en el caso de las mujeres se escuchan opiniones misóginas que tienden a reproducir su “inferiorización”, pero también se tienden a admirar elementos que se consideran femeninos. Sin embargo, la relación con las lesbianas no resulta sencilla, pues, a decir de uno de los entrevistados, ellas detestan que los *gais* sean más femeninos. Aunque a los “bugas” se les rechaza por considerarlos “machos opresores” y “patanes insensibles”, lo cierto es que se les tolera más que a los transgénero, transexuales y travestis, personas que, en buena medida, se consideran como parte de “algo desconocido e incomprensible”. Las opiniones anteriores muestran que, pese a la retórica de liberación y modernización, los *gais* también incurrir en procesos de restricción, exclusión y discriminación, situación explicable por el hecho de que reproducen su entorno sociocultural.

En el tercer capítulo Rodrigo Laguarda propone un interesante ejercicio, pues trata de demostrar que a través del lenguaje se ha producido una comunidad *gay* dentro del cuerpo social, la cual se concibe a sí misma como transnacional. Diversos autores han mencionado que los usuarios del lenguaje hablan como miembros de los grupos a los que pertenecen y en el caso específico de los *gais*, existen varios aspectos dignos de enfatizar como su frecuente utilización de términos en inglés. Utilizar el lenguaje dominante a escala global constituye una manera de marcar su pertenencia a una adscripción identitaria y distinguirse de los demás como grupo social. Otro

aspecto que evidencia este factor de identidad es la constante referencia a lo deseable (ser guapo) de lo indeseable (feo, naco, indio o ruco). La constante utilización del “nosotros” o “nuestro” muestra que existe cierta conciencia entre los sujetos de estudio de haberse apropiado de un espacio, mismo que buscan conservar y ampliar. Un aspecto que Rodrigo Laguarda busca enfatizar es la importancia que determinado tipo de música tiene para la comunidad *gay*, pues esta no sólo expresa ciertos valores sino que contribuye a la consolidación de una identidad social. Lo interesante del asunto es que los consumidores se apropian de algunas canciones para adaptarlas a su propia experiencia. La influencia de la cultura norteamericana ha ocasionado que predominen los temas en inglés, situación que evidencia la apropiación creativa que los grupos locales hacen de los elementos culturales transnacionales. Sin embargo, el autor advierte que la globalización no implica homogeneización, pues la apropiación de los materiales de la modernidad es distinta en cada uno de los grupos sociales. Lo expuesto en los tres capítulos permite a Rodrigo Laguarda concluir que la creación y apropiación de la calle *gay* ha contribuido a ampliar los espacios de identificación de este grupo social, pues los sujetos aprenden a reconocerse como tales, a pensarse de determinada forma y a incorporar ciertas prácticas a su cotidianidad. Los *gais* han sido capaces de desafiar las voces que los condenan y han abierto un espacio en la Ciudad de México, aunque es necesario que ellos actúen de manera autocrítica a favor de una identidad más incluyente. La calle *gay* es una conquista social y un antecedente al posible establecimiento de un barrio *gay*, situación explicable por el hecho de que los homosexuales han logrado ganar visibilidad en la sociedad.

No me queda la menor duda de que el libro de Rodrigo Laguarda se convertirá en un referente no sólo para los estudiosos de lo *gay*, sino también para los que se dedican al análisis de la Ciudad de México y para los que analizan los fenómenos de lo local y lo global. Su texto ofrece pistas respecto a la manera en la que se comporta un cierto sector social y la manera en la que este se ha logrado apropiarse de un espacio, fenómeno que no se puede considerar novedoso si se toma en cuenta que en el siglo XIX, y quizá desde antes, existían calles que se especializaban en la atención de cierto sector social. Y aún ahora se puede constatar que, por ejemplo, la calle de Isabel la Católica es un paraíso multicolor para las quinceañeras y las casaderas. Evidentemente los contextos son distintos, pero resulta ilustrativo de ciertas

expresiones que se producen en la ciudad. Es de celebrar que el CIICH de la UNAM y el Instituto Mora hayan puesto en manos de los lectores un libro agudo y propositivo que logra retratar con gran profundidad a uno de los sectores marginales de la sociedad. Darles voz a aquellos a los que negamos constituye un mecanismo efectivo para mostrar que las diferencias sólo existen en nuestras mentes y que cuando nuestros prejuicios desaparezcan, lograremos tener una sociedad más armónica y respetuosa de los demás.